

II. LA PEREZA ALEMANA

1. "Business Week": "En espera de que Alemania actúe".

Negro es la única palabra que puede describir el humor de la Alemania Federal estos días. Tras el colapso de Wall Street, el 19 de octubre, la bolsa de Francfort ha caído más del 40% por debajo de su índice óptimo del verano. Y con el deslizamiento del dólar hasta la cotización mínima desde la post-guerra -1,65 DM- los recortes apresurados de los tipos de interés por el Bundesbank no han sido suficientes para mantener unas perspectivas brillantes para una economía orientada en buena medida hacia la exportación. "Nos encontramos ante una recesión importante, que puede empezar en los próximos seis meses", dice un banquero.

No son sólo los pesimistas de Alemania los que lo piensan. Desde Londres, desde La Haya, desde París, desde Roma, tanto los líderes políticos como los grandes jefes de empresa advierten a Alemania que si no reactiva su economía se puede producir una recesión a lo largo y ancho de Europa, e incluso en el mundo. En Washington, el Secretario del Tesoro, J.Baker, así como los altos funcionarios de la Reserva Federal, han abandonado todo intento de sostener el dólar y han puesto su mirada en los alemanes, en espera de que aprieten el acelerador. Sin embargo, a los diez meses de haber renovado su mandato, la coalición del canciller Kohl parece resistir como nunca ante la presión internacional.

¿Por qué espera tanto Alemania?. La inflación es casi cero. El ritmo de expansión es bajo, un débil 1,5%. El paro

es de cerca del 9%, con pocas esperanzas de que mejore. Todo parece predispuesto, pues, para iniciar un mayor ritmo. Sin embargo, los líderes alemanes, temerosos de rebrotes inflacionistas, se resisten a flexibilizar apreciablemente su política monetaria. También se niegan a incrementar los recortes fiscales de 8 mil millones de dólares previstos para el próximo primero de enero, o a adelantar las reducciones impositivas que deben tener lugar más tarde, en 1.990. ¿Por qué esperar tres años para éstas?. A lo que el presidente del Bundesbank, Karl Otto Pöhl, responde: "Debemos seguir unas políticas monetaria y fiscal que enjuguen cualquier manifestación inflacionista, y que impidan incluso que ésta aparezca. La experiencia nos ha enseñado que no debemos esperar a que los precios suban puesto que, si se inicia la subida, siempre se llega tarde".

Los cinco grandes centros de investigación económica de Alemania y los pilares del mundo monetario de Francfort se muestran opuestos a tal política. En el Dresdner Bank, su presidente, Wolfgang Rölller, manifiesta que "unos rápidos recortes fiscales serían el mejor instrumento para estimular la economía". Pero el país no escucha, por lo que parece. Aunque Alemania importa 170 mil millones de dólares anuales de mercancías y servicios de otros países europeos, amenazando así a todo el continente si su economía entra en crisis, no hay manera de convencer al país de la necesidad de activarla.

El principal obstáculo reside en la actitud cautelosa de los políticos de Bonn. El gobierno Kohl ha conseguido reducir el déficit federal al 2% del PNB, después de haber alcanzado el 4% de éste con los socialdemócratas de

Schmidt. Pero dicho déficit es aún de 16 mil millones de dólares, y el ministro de Hacienda, Gerhard Stolteberg, se resiste a tomar iniciativas que podrían elevar dicha suma a más de 26 mil millones. "Los alemanes se mantendrán fieles a sus principios. Nadie quiere realmente grandes cambios en materia fiscal". Si la reducción fiscal se llevara a cabo ahora, se asegura, el gobierno alemán se incapacitaría para hacer frente a cualquier recesión global que pueda tener lugar en 1.989 o en 1.990. Pero incluso en el supuesto de que Kohl cambiara de repente de opinión, el trámite parlamentario duraría 18 meses. Y si bien el gobierno tiene poderes para llevar a cabo reducciones fiscales de hasta 26 mil millones de dólares, esa facultad está sometida a la necesaria aprobación de los 11 estados que integran la Alemania Federal. Es poco probable que éstos consintieran tales reducciones en nombre de la cooperación internacional.

Ni siquiera la oposición socialdemócrata apoyará una reducción de impuestos si antes no se produce una acción decidida de la Administración Reagan para mejorar el déficit presupuestario norteamericano.

Tales actitudes podrían resultar caras para Alemania en términos de pérdida de competitividad internacional. "Alemania está consumiendo e invirtiendo menos de lo que puede y debe. Ha llegado a ser una economía saturada, con una población envejecida. No hay dinamismo". En realidad, el crecimiento alemán está amenazado en dos frentes. El alto DM ha empujado los costes laborales por encima de los de otros grandes países industriales. Silvana Dinamo, economista del Morgan Guaranty Trust Co., estima que el traba-

jador industrial alemán gana ahora, en promedio, 18,07 dólares a la hora en forma de salario y otros ingresos, frente a 13,67 en Estados Unidos y a 11,19 en Japón. Además, la reestructuración empresarial y la débil inversión han dejado a las industrias alemanas con poca capacidad sobrante con la que hacer frente a cualquier tirón de la demanda. "Nuestra política no es incrementar la capacidad, sino racionalizar y modernizar la producción", dice un importante fabricante de maquinaria. A lo que un analista del Institute for International Economics añade: "Ellos creen que se han ganado una vida tranquila y que pueden tomarse las cosas como mejor les parezca".

Los vecinos menos poderosos de Alemania no gustan de esta actitud. "Dependemos de lo que hagan los alemanes", dice el ministro de Hacienda holandés, según el cual la tendencia en Europa es de un crecimiento cero. Por esto cree necesario que tanto ellos como los alemanes reduzcan los tipos de interés a corto y a largo plazo. En Italia, que manda el 40% de sus exportaciones a Alemania. Las tensiones ocasionadas por una posible crisis amenazan la estabilidad interna. Y en Francia, François Lagrange, director general del Crédit National, estima que la austera política económica de Alemania le cuesta a su país dos puntos porcentuales de crecimiento perdido. "Han sido demasiado conservadores. Creen demasiado que están en lo cierto".

Pero no todo el mundo está en desacuerdo con los alemanes. En especial en Francia y en Japón. "Como sea que la población alemana no aumenta, la economía alemana no necesita crecer", afirma el director del Banco del Japón. El presidente de Cerus, la firma inversora, con sede en Pa-

rís, controlada por De Benedetti, cree que la visión norteamericana de Alemania carece de realismo. "Los americanos plantean las cuestiones a los alemanes en puros términos macroeconómicos keynesianos. Los problemas son más profundos. Los alemanes pueden seguir enriqueciéndose con una economía estancada".

Sin embargo, las tensiones ocasionadas por la gran revaluación del DM amenazan al Sistema Monetario Europeo, y a pesar de que los franceses acompañaron a los alemanes y holandeses en la modificación reciente de ciertos tipos de interés no sería sorprendente que el franco tuviera que ser devaluado entre un 4 y un 8 por cien.

Por lo demás, el ciudadano medio alemán no parece ser consciente de que todas las miradas se concentran sobre su país, y apenas se preocupa de que las decisiones de éste pueden ser cruciales para la economía internacional. A finales de la década de los 70, el entonces canciller Schmidt fue persuadido por Washington y otros aliados para que convirtiera a Alemania en la "locomotora" que sacara la economía del estado de postración en que se encontraba como consecuencia de la segunda crisis del petróleo. Schmidt inyectó 29 mil millones de dólares en la economía alemana, que se tradujeron en un crecimiento del 4,2% en 1.979... pero a costa de una inflación de más del 6%, de déficits por cuenta corriente y de una recesión posterior. El premio para Schmidt fue la pérdida del poder en 1.982. Y si bien la mayoría de los otros países industriales tuvieron los mismos problemas, el punto de vista de la mayoría de los alemanes fue que la culpa era de una inoportuna y mal dirigida expansión, y no de la OPEP.

Como consecuencia de ello, el término "locomotora" se ha convertido en algo desagradable que mejor conviene no utilizar. Cualquier sugestión de que Alemania pueda resolver los problemas del mundo es tomada a burla y a broma. "'Locomotora' es aquí una palabra fea ("a dirty word"). La gente no ha olvidado los 'programas especiales' de 1.970".

Con este recuerdo, los alemanes temen que cualquier programa expansionista fracasaría. "Los consumidores no desean comprar más", dice el presidente de Nixdorf Computer. "Tienen el mejor sistema de stereo, coches nuevos, buenas casas, excelentes muebles. ¿Qué más pueden comprar". El año pasado, todo el dinero adicional que percibieron en forma de mayores salarios se destinó a vacaciones. Si les pagamos aún más en forma de recortes fiscales o de nuevos incrementos salariales gastarán más en España. Esto será bueno para España, pero no para la economía alemana".

La práctica diaria, con todo, parece destinada a desanimar al consumo. Leyes destinadas a proteger los pequeños comercios familiares obligan a la mayoría de las tiendas y almacenes a cerrar a las 6,30 de la tarde, y a las 2 los sábados. En el nuevo aeropuerto de Francfort, los comerciantes allí instalados sólo pueden vender a los pasajeros aéreos, después del horario normal de comercio; y si sirven a alguien que no disponga de un billete pueden ser condenados a seis meses de cárcel o a 300.000 dólares de multa. Tan amplio es el apoyo a este tipo de normas que una propuesta del Partido Democrático Libre para que se permitiera que los almacenes, las oficinas de seguros y los bancos abrieran hasta una hora más avanzada de la tarde una vez por semana ha hecho que los trabajadores de la

banca y de los seguros amenazaran con ir a la huelga antes de Navidad.

Esas prácticas restrictivas tienen su reflejo en toda la economía alemana, y son una de las razones de que las listas de los parados se han mantenido estables, con altas cifras de gente sin empleo (2,3 millones) desde la llegada de Kohl al poder. Reglamentaciones defendidas por las poderosas organizaciones laborales alemanas limitan severamente la posibilidad de las empresas de admitir trabajadores a media jornada, o de despedirlos.

El mismo retraso que se observa en la eliminación de regulaciones administrativas existe también en lo relativo a la capacidad para crear empleo privado en sectores nuevos. El gobierno se ha mostrado poco dispuesto a dejar que la competencia privada moleste a los monopolios estatales en el campo de las telecomunicaciones y del tráfico aéreo interno, y permanece insensible a la liberalización de otros sectores de la economía.

Los industriales alemanes permanecen asimismo impasibles ante todo este estado de cosas. Solo el 11% de las exportaciones alemanas van a Estados Unidos, y compradores de productos de exportación -máquinas herramientas altamente perfeccionadas, material médico avanzado, etc., etc.- de muchos países tienen que acudir casi necesariamente a Alemania. Por esto muchos exportadores alemanes se sienten aislados de las presiones internacionales. "Apenas nos sentimos afectados por la evolución del dólar", decía el presidente de la empresa fabricante de las máquinas herramientas "Traub". "Ya no existe competencia norteamericana para nuestras máquinas". Un alto directivo de BASF, el

gran complejo químico, añade: "Hace unos años las empresas decían que resultaría doloroso si el dólar cayera debajo de 2,30 DM. Luego dijeron que 1,90 sería el límite mínimo. La verdad es que superamos esos cambios sin mayores problemas".

Sin embargo, no hay duda que han aparecido algunos síntomas de tensión en ciertos casos. El fabricante de coches de lujo Porsche, que tiene un buen mercado en Estados Unidos, está reduciendo su producción de algunos modelos populares y está elaborando planes para ampliar su capacidad para otros. El fabricante de calzado deportivo Adidas está a punto de cerrar tres plantas y de trasladar más producción a Asia. También los exportadores de pequeños aparatos domésticos están sufriendo una reducción de las ventas: "Si el dólar se mantuviera alrededor de 1,60 DM o por debajo durante algunos años, las pérdidas serían graves para algunas compañías. Algunas deberían cerrar. Con el dólar a 1,30 DM serían muchas las empresas y los productos alemanes que quedarían fuera del mercado".

Esa amenaza, sin embargo, no ha llegado a asustar aún a los líderes alemanes. "No es así cómo lo veo, por ahora", insiste Stoltemberg.

Todo lo dicho justifica cierto escepticismo por lo que se refiere a las medidas expansionistas que Alemania pueda adoptar, más allá de los recientes retoques de los tipos de interés. Esa actitud no satisfecerá a sus aliados, y tal vez vaya a necesitarse que la depresión se generalice para que las autoridades alemanas se decidan a emprender una política más activa.

* * *